

tros, y luego envió Cortés á Tlaxcallan por los bergantines á Sandoval con docientos españoles y con quince de caballo. Mandóle que de camino destruyese el lugar que prendió trecientos tlaxcaltecas y cuarenta y cinco españoles con cinco caballos, cuando estaba Méjico cercado; el cual lugar es de Tezcuco y alinda con tierra de Tlaxcallan. Bien quisiera castigar sobre el mismo caso á los de Tezcuco, sino que no estaba en tiempo ni convenia por entonces; ca mayor pena merecian que los otros, porque los sacrificaron y comieron, y derramaron la sangre por las paredes, haciendo señales con ella mesma cómo era de españoles. Desollaron tambien los caballos, curtieron los cueros con sus pelos, y colgáronlos con las herraduras que tenían, en el templo mayor, y cabe ellos los vestidos de España por memoria. Sandoval fué allí determinado de combatir y asolar aquel lugar, así porque se lo mandó Cortés, como porque halló antes un poco de llegar á él, escrito de carbon en una casa: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Juste;» que era un hidalgo de los cinco de caballo. Los de aquel lugar, aunque eran muchos, lo dejaron, y huyeron en viendo españoles sobre sí. Ellos les fueron detrás siguiendo; mataron y prendieron muchos, especial niños y mujeres, que no podían andar, y que se daban por esclavos y á misericordia. Viendo pues tan poca resistencia, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, hubieron compasion los españoles, y ni mataron la gente ni destruyeron el pueblo; antes llamaron los hombres y perdonáronlos, con juramento que hicieron de servirlos y serles leales; y así se vengó la muerte de aquellos cuarenta y cinco españoles. Preguntados cómo tomaron tantos cristianos sin que se defendiesen ni escapase hombre de todos ellos, dijeron que se habían puesto en celada muchos delante un mal paso una cuesta arriba, que tenía estrecho el camino, donde por detrás los acometieron; y como iban uno á uno y los caballos de diestro, y no se podían rodear ni aprovechar de las espadas, los prendieron ligeramente á todos, y los enviaron á Tezcuco, donde, como arriba dije, fueron sacrificados en venganza de la prision de Cacama.

Cómo trajeron los bergantines á Tezcuco los de Tlaxcallan.

Reducidos y castigados los que prendieron á los españoles, caminó Sandoval para Tlaxcallan, y á la raya de aquella provincia topó con los bergantines; la tablazon y clavazon de los cuales traían ocho mil hombres á cuestras. Venían en su guarda veinte mil soldados, y otros dos mil con vituallas y para servicio de todos. Como Sandoval llegó, dijeron los carpinteros españoles que pues entraban ya en tierra de enemigos, y no sabían lo que les podría acontecer, que fuese delante la ligazon y atrás la tablazon, por ser cosa de mas peso y embarazo. Todos dijeron que era bien, y que se hiciese así, salvo es Chichimecatel, señor muy principal, hombre esforzado, y capitán de diez mil que llevaban la delantera y cargo de la tablazon; el cual tenía por afrenta que le echasen atrás, yendo él delantero. Sobre esto dijo buenas cosas; mas en fin se hubo de mudar y quedar en retaguarda. Teutipil y Teuteatl y los otros capitanes, señores tambien principales,

tomaron la vanguardia con otros diez mil. Pusieronse en medio los tamemes y los que llevaban la fusta y aparejo de los bergantines. Delante destes dos capitanes iban cien españoles y ocho de caballo, y tras de toda la gente Sandoval con los otros españoles y siete caballos; y si Chichimecatel estuvo recio de primero, mas lo estuvo porque no quedasen con él los españoles, diciendo que ó no le tenían por valiente ó por leal. Concertados pues los escuadrones de la manera que oistes, caminaron para Tezcuco á las mayores voces, chiflos y relinchos del mundo, y gritando: «¡Cristianos, cristianos, Tlaxcallan, Tlaxcallan y España!» Al cuarto dia entraron en Tezcuco por ordenanza al son de muchos atabales, caracoles y otros tales instrumentos de música. Pusieronse para entrar penachos y mantas limpias, y ciertamente fué gentil entrada; que como era lucida gente, pareció bien, y como eran muchos, tardaron seis horas á entrar, sin quebrar el hilo; tomaban dos leguas de camino. Cortés les salió á recibir, dió las gracias á los señores, y aposentó toda la gente muy bien.

La vista que dió Cortés á Méjico.

Reposaron cuatro dias, y luego mandó Cortés á los maestros que armasen y clavasen los bergantines aprieta, y que se hiciese una zanja entre tanto para los echar por ella á la laguna sin peligro de quebrarse primero; y porque traían gran gana de toparse con los de Méjico, salió con ellos y con veinte y cinco caballos y trecientos españoles, en que había cincuenta escopeteros y ballesteros: llevó tambien seis tiros. A cuatro leguas de allí topó con un gran escuadron de enemigos, en el cual rompieron los de caballo; acudieron luego los de pie y desbaratáronlo; fueron en el alcance los tlaxcaltecas y mataron cuantos pudieron. Los españoles, como era tarde, no fueron, sino asentaron su real en el campo, y durmieron aquella noche con cuidado y aviso, porque había por allí muchos de Culúa. Como fué de dia echaron camino de Xaltoca; y Cortés no dijo dónde iba, que se recelaba de muchos de Tezcuco que venían con él, no avisasen á los enemigos. Llegaron á Xaltoca, lugar puesto en la laguna, y que por la tierra tiene muchas acequias anchas, hondas y llenas de agua, á no poder pasar los caballos. Los del pueblo les daban grita, y se burlaban de verlos andar por aquellos arroyos; tirábanles flechas y piedras. Los españoles de pie, saltando y como mejor pudieron, pasaron las acequias, combatiéron el lugar, entraron, aunque con mucho trabajo, echaron fuera los vecinos á cuchilladas, y quemaron buena parte de las casas. No pararon allí, sino fuéronse á dormir una legua adelante: tiene Xaltoca por armas un sapo. Otra noche durmieron en Huatullan, lugar grande, mas despoblado, de miedo. Pasaron otro dia por Tenanioacan y Accapuzalco sin resistencia, y llegaron á Tlacopan, que estaba fuerte de gente y de fosos con agua; mas, aunque algo se defendió, entraron dentro, mataron muchos y lanzaron fuera á todos; y como sobrevino la noche, recogieronse con tiempo á una muy gran casa, y en amaneciendo se saqueó el lugar y se quemó casi todo, en pago del daño y muerte de algunos españoles que hicieron cuando salían huyen-

do de Méjico. Seis dias estuvieron los nuestros allí, que ninguno pasó sin escaramuzar con los enemigos, y muchos con gran rebato, y con tanta grita, segun lo han de costumbre, que espantaba oírlos. Los de Tlaxcallan, que se querian mejorar con los de Culúa, hacían maravillas peleando, y como los contrarios eran valientes, había qué ver; especial cuando se desafiaban uno á uno ó tantos á tantos. Pasaban entre ellos grandes razones, amenazas é injurias, que quien los entendía moría de risa. Salían de Méjico por la calzada á pelear, y por coger en ella los españoles, fingían huir. Otras veces los convidaban á la ciudad, diciendo: «Entrad, hombres, á holgaros.» Unos decían: «Aquí moriréis como antaño;» otros, «¡Los á vuestra tierra; que no hay otro Moteczuma que haga á vuestro sabor.» Llegó Cortés un dia entre semejantes pláticas á una puente que estaba alzada; hizo señas de habla, y dijo: «Si está ahí el señor, quiérole hablar.» Respondieron: «Todos los que veis son señores; decid lo que quereis;» y como no estaba, calló, y ellos lo deshonraron. Tras esto, les dijo un español que los tenían cercados y se morirían de hambre; que se diesen. Replicaron que no tenían falta de pan; pero que cuando la tuviesen, comerían de los españoles y tlaxcaltecas que matasen; y arrojaron luego ciertas tortas de centli, diciendo: «Comed vosotros si teneis hambre; que nosotros ninguna, gracias á nuestros dioses; y tiráos de ahí, si no, moriréis;» y luego comenzaron á gritar y á pelear. Cortés, como no pudo hablar con Guahutimocin, y porque todos los lugares estaban sin gente, tornóse para Tezcuco casi por el camino que vino. Los enemigos, que le vieron volver así, creyeron que de miedo, y juntáronse infinitos dellos á darle carga, y diéronselo bien complidamente. El quiso un dia castigar su locura, y envió delante todo el ejército y la infantería española, con cinco de caballo; hizo á otros seis de á caballo ponerse en celada al un lado del camino y cinco al otro, y tres en otra parte, y él escondióse con los demás entre unos árboles. Los enemigos, como no vieron caballos, arremeten desmandados á nuestro escuadron. Salió Cortés, y en pasando y diciendo: «Santiago y á ellos, Sant Pedro y á ellos;» que era la señal para los de caballo, y como los tomaron de través y por las espaldas, alanceáronlos á placer. Desbaratáronlos á los primeros golpes, siguiéronlos dos leguas por un buen llano, y mataron muy muchos; y con tal victoria entraron y durmieron en Alcolman, dos leguas de Tezcuco. Los enemigos quedaron tan hostigados de aquella emboscada, que no parecieron en hartos dias; y aquellos señores de Tlaxcallan tomaron licencia para tornarse, y fuéronse muy ufanos y victoriosos, y los suyos ricos cargados de sal y ropa, que habían habido en la vuelta de la laguna.

La guerra de Accapichtlan.

Viendo mejicanos que les iba mal con españoles, habíanlas con los de Chalco, que era tierra muy importante; y en el camino para Tlaxcallan y á la Veracruz. Los de Chalco llamaron á los de Huexocinco y Huacacholla que les ayudasen; y pidieron á Cortés españoles. El les envió trecientos, y quince caballos, con Gonzalo de Sandoval; el cual fué, y en llegando con-

certó de ir á Huaztepec, donde estaba la guarnicion de Culúa, que hacia el mal. Antes que allá llegasen les salieron al encuentro aquellos de la guarnicion, y pelearon. Mas no pudiendo resistir la furia de los caballos ni las cuchilladas, se metieron en el lugar, y los nuestros tras ellos; los cuales mataron allá dentro muchos, y á los demás vecinos echaron fuera, que como no tenían allí mujeres ni hacienda que defender, no reparaban. Los españoles comieron, y dieron de comer á los caballos, y los amigos buscaban ropa por las casas. Estando así oyeron el ruido y grita que traían los contrarios por las calles y plaza del pueblo. Salieron á ellos, pelearon y á puras lanzadas los echaron otra vez fuera y los siguieron una gran legua, donde hicieron gran matanza. Dos dias estuvieron allí los nuestros, y luego fueron á Accapichtlan, do tambien había gente de Méjico. Requirieronles con la paz; mas ellos, como estaban en lugar alto y fuerte, y malo para caballos, no escucharon; antes tiraban piedras y saetas, amenazando á los de Chalco. Los indios nuestros amigos, aunque eran muchos, no osaban acometer. Los españoles arremetieron llamando Santiago, y subieron al lugar y tomáronlo, por mas fuerte y defendido que fué. Es verdad que quedaron muchos dellos heridos de piedras y varas. Entraron tras ellos los de Chalco y sus aliados, y hicieron grandísima carnicería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron á un rio que por allí pasa. En fin, pocos escaparon de la muerte; y así, fué señalada victoria esta de Accapichtlan. Los nuestros padescieron este dia muy gran sed, así del calor y trabajo del pelear, como porque aquel rio estuvo tinto en sangre; y no pudieron beber dél por un buen espacio de tiempo, y no había otra agua. Sandoval se volvió á Tezcuco, y los otros cada uno á su casa. Mucho sintieron en Méjico la pérdida de tantos hombres y tan fuerte lugar, y tornaron á enviar sobre Chalco nuevo ejército, mandándole diese batalla antes que españoles lo supiesen. Aquel ejército se dió tanta prisa en hacer lo que Guahutimocin le mandara, que no dió lugar á sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedían y esperaban. Mas los de Chalco se juntaron todos, aguardaron la batalla, y gentilmente la vencieron con ayuda de vecinos. Mataron muchos mejicanos, y prendieron cuarenta, entre los cuales fué un capitán, y alanzaron de su tierra los enemigos. Tanto por mayor se tuvo esta victoria, cuanto menos se pensaba. Gonzalo de Sandoval tornó con los mismos españoles que primero á Chalco. Dióse prisa por llegar antes que la batalla se diese; mas cuando llegó, ya era dada y vencida; y así, se volvió luego con los cuarenta prisioneros. Con estas victorias de Chalco quedó libre y seguro el camino de Méjico á la Veracruz, y luego vinieron á Tezcuco los españoles y caballos que arriba dije; y trujeron muchas ballestas, escopetas, pólvora y pelotas, y otras cosas de España; de que nuestro ejército recibió tanto placer, cuanta necesidad tenía; y dijeron cómo habían legado otras tres naos con alguna gente y caballos.

El peligro que los nuestros pasaron en tomar dos peñoles.

Cortés se informó de aquellos cuarenta presos que trajo Sandoval, de las cosas de Méjico y de Cuahuti-

moc, y entendió dellos la determinacion que tenían para defenderse y no ser amigos de cristianos; y pareciéndole larga y dificultosa guerra, quisiera con ellos antes paz que enemistad; y por descansar, y no andar cada día en peligro, rogóles que fuesen á Méjico á tratar paces con Cuahutimoc, pues él no los quería matar ni destruir, pudiéndolo hacer. Ellos no osaban ir con tal mensaje, sabiendo la enemiga que su señor le tenía. Mas tanto les dijo, que acabó con dos, que fuesen; los cuales le pidieron cartas, no porque allá las habían de entender, sino para crédito y seguro. El se las dió, y cinco de caballo que los pusieron en salvo. Mas poco aprovechó, ca nunca tuvo respuesta; antes cuanto él mas pedía paz, mas la rehusaban ellos, pensando que de flaqueza lo hacía; y por tomarle las espaldas fueron mas de cincuenta mil á Chalco. Los de aquella provincia avisaron dello á Cortés pidiéndole socorro de españoles, y enviáronle un paño de algodón pintado de los pueblos y gente que sobre ellos venía, y los caminos que traían. El les dijo que iría en persona de allí á diez días; que antes no podía, por ser viénes Santo y luego la Pascua de su Dios. Desta respuesta quedaron tristes, pero aguardaron. Al tercero día de Pascua vinieron otros mensajeros á dar priesa por socorro, que entraban ya por su tierra los enemigos. En este medio tiempo se dieron los pueblos de Accapan, Mixcalcinco, Nautlan, y otros sus vecinos. Dijeron que nunca habían muerto español, y trajeron por presente ropa de algodón. Cortés los recibió, trató y despidió alegremente y en breve, porque estaba de partida para Chalco, y luego se partió con treinta de caballo y trecientos compañeros, de que hizo capitán á Gonzalo de Sandoval. Llevó asimismo veinte mil amigos de Tlaxcallan y Tezcucó. Fué á dormir á Tlamanalco, donde, por ser frontera de Méjico, tenían su guarnición los de Chalco. Al otro día se le juntaron mas de otros cuarenta mil, y al siguiente supo cómo los enemigos le esperaban en el campo. Oyó misa, fué para ellos, y dos horas después de mediodía llegó á un peñol muy alto y agrio, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños, y á las haldas mucha gente de guerra, que en descubriendo el ejército de españoles, hicieron de lo alto ahumadas, y dieron tantos alaridos las mujeres, que fué cosa maravillosa, y los hombres, que mas á lo bajo estaban, comenzaron á tirar varas, piedras y flechas, con que luego hicieron daño en los que cerca llegaron, y que, descalabrados, se hicieron atrás. Combatir tan fuerte cosa era locura, retirarse parecia cobardía; y por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo ó hambre se darian, acometieron el peñol por tres partes. Cristóbal del Corral, alférez de setenta españoles de la guarda de Cortés, subió por lo mas agrio. Juan Rodriguez de Villafuerte con cincuenta por otra, y Francisco Verdugo con otros cincuenta por otra. Todos estos llevaban espadas y ballestas ó escopetas. Dende á un rato hizo señal una trompeta, y siguieron á los primeros Andrés de Mojaraz y Martín de Hircio, con cada cuarenta españoles, de que también eran capitanes, y Cortés con los demás. Ganaron dos vueltas del peñol, y bajáronse hechos pedazos, ca no se podían tener con las manos y piés, cuanto mas pelear y subir: tanto era

de áspera la subida. Murieron dos españoles y quedaron heridos mas de veinte; y todo fué con piedras y pedazos de los cantos que de arriba arrojaban y se quebraban; y aun si los indios tuvieran algun ingenio, no dejaran español sano. Ya cuando los nuestros dejaron el peñol y se remolinaron para hacerse fuertes, habían venido tantos indios en socorro de los cercados, que cubrían el campo, y tenían semblante de pelear; por lo cual Cortés y los de caballo, que estaban á pié, cabalgaron y arremetieron á ellos en lo llano, y á lanzadas los echaron dél. Mataron allí y en el alcance, que duró hora y media, muchos. Los de caballo, que mas los siguieron, vieron otro peñol no tan fuerte ni con tanta gente, aunque con muchos lugares al rededor. Cortés se fué con todos los suyos á dormir allá aquella noche, pensando cobrar la reputacion que al día perdió, y por beber; que no habían hallado agua aquella jornada. Los del peñol hicieron la noche muy gran ruido con bocinas, atabales y gritería. A la mañana miraron los españoles lo flaco y fuerte del peñol, y era todo él harto recio de combatir y tomar; pero tenía dos padrastrós cerca, en que estaban hombres con armas. Cortés dijo que le siguiesen todos, que quería tentar los padrastrós; y comenzó á subir á la sierra. Los que los guardaban los dejaron, y se fueron al peñol, pensando que los españoles iban á combatirlo, por socorrerlo; y como él vió el desconcierto, mandó á un capitán que fuese con cincuenta compañeros y tomasen el mas agrio y cercano padrastro; y él con los demás arremetió al peñol; ganó una vuelta, y subió bien alto; y un capitán puso su bandera en lo mas alto del cerro y disparó las ballestas y escopetas que llevaba, con que hizo mas miedo que daño; ca los indios se maravillaron, y soltaron luego las armas en el suelo, que es señal de rendirse, y diéronse. Cortés les mostró alegre rostro, y mandó que no se les hiciese mal ni enojo. Ellos, viendo tanta humanidad, enviaron á decir á los del otro peñol que se diesen á los españoles, que eran buenos, y tenían alas para subir donde querían. Por estas razones, ó por la falta que de agua tenían, ó por irse seguros á sus casas, vinieron luego á darse á Cortés y á pedir perdón por los dos españoles que mataran. El los perdonó de grado, y holgó mucho que se le diesen aquellos que con victoria estaban, porque era ganar mucha fama con los de aquella tierra.

La batalla de Xochmilco.

Estuvo allí dos días, envió los heridos á Tezcucó, y él partióse para Huaxtepec, que tenía mucha gente de Culúa en guarnición. Durmió con todo su ejército en una casa de placer y huerta que tiene una legua, y está de piedra muy bien cercada, y que la atraviesa por medio un gentil río. Los del lugar huyeron como fué día, y los nuestros corrieron tras ellos hasta Xilotepec, que estaba descuidado de aquel sobresalto. Entraron, mataron algunos y tomaron muchas mujeres, mochos y viejos que huir no pudieron. Esperó Cortés dos días á ver si venía el señor; y como no vino, puso fuego al lugar; estando allí se le dieron los de Yautepéc; de Xilotepec fué á Coahunauac, lugar fuerte y grande, cercado de barrancas hondas; no tiene entrada para

caballos sino por dos partes, y aquellas con puentes levadizas; por el camino que los nuestros fueron, no podían entrar á caballo sin arrodear legua y media, que era muy gran trabajo y peligro. Estaban tan cerca, que hablaban con los del lugar, y tirábanse unos á otros piedras y saetas. Cortés les requirió de paz; ellos respondieron de guerra. Entre estas pláticas pasó el baranco un tlaxcalteca sin ser visto, por un paso muy peligroso, pero muy secreto; pasaron tras él cuatro españoles, y luego otros muchos, siguiendo todos las pisadas del primero; entraron en el lugar, llegaron adonde estaban los vecinos peleando con Cortés, y á cuchilladas los hicieron huir. Atónitos de ver que les habían entrado, que lo tenían por imposible, huyeron con esto á la sierra, y ya cuando el ejército entró estaba quemado lo mas del lugar. A la tarde vino el señor con algunos principales á darse, ofresciendo su persona y hacienda contra mejicanos. De Coahunauac fué Cortés á dormir, siete leguas, á unas estancias por tierra despoblada y sin agua. Pasó mal día el ejército, de sed y trabajo; al otro día llegó á Xochmilco, ciudad muy gentil y sobre la laguna Dulce; los vecinos y otra mucha gente de Méjico alzaron las puentes, rompieron las acequias, y pusieron á defenderla, creyendo que podrían, por ser ellos muchos y el lugar fuerte. Cortés ordenó su hueste, hizo apearse los de caballo, llegó con ciertos compañeros á probar si ganaría la primera albarrada; y tanta priesa dió á los enemigos con escopetas y ballestas, que aunque muchos eran, se desampararon y se fueron mal heridos. Como ellos la dejaron, se arrojaron españoles al agua; pasaron, y en media hora que pelearon, habían ganado la principal y mas fuerte puente de la ciudad. Los que la defendían se recogieron al agua en barcas, y pelearon hasta la noche, unos demandando paz, otros guerra, y todo era ardid para entre tanto alzar su ropilla y que les viniese socorro de Méjico, que no estaba de allí mas de cuatro leguas, y quebrar la calzada por do los nuestros entraron. Cortés no podía pensar al principio por qué unos pedían paz y otros no, pero luego cayó en la cuenta; y con los caballos dió en los que rompían la calzada, desbaratolos, huyeron, salió tras ellos al campo, y alanceó muchos. Eran tan valientes, que pusieron en aprieto á los nuestros; porque muchos dellos esperaban un caballo con sola espada y rodela, y peleaban con el caballero; y si no por un tlaxcalteca, prendían aquel día á Cortés, que cayó su caballo, de cansado, como había gran pieza que peleaba. Llegó en esto la infantería española, y huyeron los enemigos. En la ciudad mataron dos españoles que se desmandaron solos á robar. No siguieron el alcance, sino tornáronse luego al lugar á descansar y cerrar lo roto de la calzada con piedras y adobes. Como en Méjico se supo esto, envió Cuahutimoc un gran batallón de gente por tierra, y dos mil barcas por agua, con doce mil hombres dentro, pensando tomar los españoles á manos en Xochmilco. Cortés se subió á una torre para ver la gente, y con qué orden venía, y por dónde combatirían la ciudad; maravillóse de tanto barco y gente, que cubrían agua y tierra. Repartió los españoles á la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió á los enemigos con la caballería y con seiscientos tlaxcalte-

cas, que partió en tres partes, á los cuales mandó que, rompido el escuadrón de los contrarios, se recogiesen á un cerro que les mostró, media legua lejos. Venían los capitanes de Méjico delante con espadas de fierro, esgrimiendo por el aire, y diciendo: «Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas.» Otros decían: «Ya murió Moteuczuma; no tenemos á quién temer para no comer vivos.» Otros amenazaban á los de Tlaxcallan; y en fin, todos decían muchas injurias á los nuestros, y apellidando, «Méjico, Méjico, Tenuchtitlan, Tenuchtitlan,» andaban apriesa. Cortés arremetió á ellos con sus caballos, y cada cuadrilla de los de Tlaxcallan por su parte, y á puras lanzadas los desbarató; mas luego se ordenaron. Como vió su concierto y ánimo, y que eran muchos, rompió por ellos otra vez, mató algunos, y recogióse hácia el cerro que concertó; mas porque lo tenían ya tomado los contrarios, mandó á parte de los suyos que subiesen por detrás, y él rodeó lo llano. Los que arriba estaban huyeron de los que subían, y dieron en los caballos, á cuyos piés murieron en chico rato quinientos dellos. Descansó Cortés allí un poco, envió por cien españoles, y como vinieron, peleó con otro gran escuadrón de mejicanos que venía detrás; desbarató también, y metióse en el lugar, porque lo combatían por tierra y agua reciamente, y con su llegada se retiraron. Los españoles que lo defendían mataron muchos contrarios, y tomaron dos espadas de las nuestras; viéronse en peligro, porque los apretaron mucho aquellos capitanes mejicanos, y porque se les acabaron las saetas y almacén. A penas se habían estos ido, cuando entraron otros por la calzada con los mayores gritos del mundo. Fueron á ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio dellos con los caballos, y echaron infinitos al agua, y á los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel día. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres días que ninguno dejó de pelear; partióse al cuarto, y fué á Culucan, que está dos leguas; salióronle al camino los de Xochmilco, mas él los castigó. Estaba Culucan despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; mas porque pensaba poner por allí cerco á Méjico, que hay legua y media de calzada, se estuvo dos días derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real, y donde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida; dió vista á Méjico con docientos españoles y cinco de caballo; combatió una albarrada, y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas birióronle muchos españoles. Tornóse, con tanto, para Tezcucó, porque ya había dado vuelta á la laguna y visto la disposicion de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y de otra parte; pero lo dicho es lo principal.

De la zanja que Cortés hizo para echar los bergantines al agua.

Quando Cortés á Tezcucó llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos á seguirle en aquella guerra, que con grandísima fama comenzaba; los cuales habían traído muchas armas y caballos, y decían cómo todos los otros que en las islas estaban, morían por venir á serville, mas que Diego Velazquez lo impedía á

muchos. Cortés les hacia todo placer, y les daba de lo que tenia. Venian asimismo de muchos pueblos á ofrecerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que á mejicanos tenian; y desta manera tenia Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia de indios. El capitán de Segura de la Frontera envió á Cortés una carta que habia recebido de un español; la cual en suma contenia:

«Nobles señores, dos ó tres veces os he escrito, y no he habido respuesta, creo ni desta la terné. Los de Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; bannos acometido, hémoslos vencido; esta provincia desea ver á Cortés y dársela; tiene necesidad de españoles; enviadle treinta.»

No le envió Cortés los treinta españoles que pedia, porque luego queria poner cerco á Méjico; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verian. Era aquel español uno de los que Cortés enviara á Chinanta desde Méjico un año habia, á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y hacer granjerías; á quien el señor de aquella provincia hiciera capitán contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo, desde que Moteczuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo deste español; el cual, como supo que habia españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dió sino esta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan á Dios de las mercedes que les hacia; no hablaban sino en cómo habian escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de Méjico por fuerza, habian matado indios á todos los otros que en granjerías y minas estaban. Apresuraba Cortés el cerco, forneciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreamo vituallas; dió muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar á la laguna. Era la zanja larga quanto media legua, ancha doce pies y mas, y dos estados honda donde menos; que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ancho para caber los bergantines. Iba toda ella chapada de estacas, y encima su valladar. Guióse por una acequia de regadío que los indios tenian; tardóse en hacer cincuenta días; hicieronla cuatrocientos mil hombres, que cada día destes cincuenta, trabajaban en ella ocho mil indios de Tezcuco y su tierra; obra digna de memoria. Los bergantines se calafetearon con estopa y algodón, y á falta de sebo y saín aceite, que pez ya dije cómo la hicieron, los brearon, segun algunos, con saín de hombre; no que para esto los matasen, sino de los que en tiempo de guerra mataran; inhumana cosa y ajena de españoles. Indios, que acostumbrados de sus sacrificios, son crueles, abrian el cuerpo muerto y le sacaban el saín. Como los bergantines estuvieron en agua, hizo Cortés alarde, y halló novecientos españoles, los ochenta y seis con caballos, los ciento y deciocho con ballestas y escopetas, y los demás con picas y rodela ó alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traia. Tambien llevaban algunos coquetes, y muchos corazas y jacos. Halló asimismo tres tiros gruesos de fierro colado, y quince pequeños de

bronce, con diez quintales de pólvora y muchas pelotas. Tanta fué la gente, armas y municion de España con que Cortés cercó á Méjico, el mas grande y fuerte lugar de las Indias y Nuevo-Mundo. Puso en cada bergantín un tirillo, y los otros fueron para el ejército. Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y dijoles, mostrando con el dedo los bergantines que estaban en la zanja metidos:

«Hermanos y compañeros míos, ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabeis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto allí; muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á Méjico está en ellos; porque con ellos, ó quemarémolos presto todas las barcas de la ciudad, ó las acorralarémolos allá dentro en las calles; con lo cual harémolos tanto daño á los enemigos, quanto con el ejército de tierra; ca menos pueden vivir sin ellas que sin comer; cien mil amigos tengo para sitiár á Méjico, que son, segun ya conoceis, los mas diestros y valientes hombres destas partes; para que no vos falte la comida está proveido cumplidísimamente. Lo que á vosotros toca es pelear como soleis, y rogar á Dios por salud y vitoria, pues es suya la guerra.»

El ejército de Cortés para cercar á Méjico.

Hizo luego al siguiente dia mensajeros á las provincias de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Chalco y otros pueblos, para que todos viniesen dentro de diez dias á Tezcuco con sus armas y los otros aparejos necesarios al cerco de Méjico, pues los bergantines eran acabados ya, y estaba todo lo al á punto, y los españoles tan ganosos de verse sobre aquella ciudad, que no esperaban una hora mas de aquel tiempo que de plazo les daba. Ellos, porque no se pusiese el cerco en su ausencia, vinieron luego como les fué mandado, y entraron por ordenanza mas de sesenta mil hombres, la mas lucida y armada gente que podia ser, segun el uso de aquellas partes. Cortés les salió á ver y recibir, y los aposentó muy bien. El segundo dia de pascua de Espíritu Santo salieron todos los españoles á la plaza, y Cortés hizo tres capitanes como maestros de campo, entre los cuales repartió todo el ejército. A Pedro de Albarado, que fué uno, dió treinta de caballo, ciento y setenta peones, dos tiros de artillería y mas de treinta mil indios, con los cuales pusiese real en Tlacopan. Dió á Cristóbal de Olid, que era el otro capitán, treinta y tres españoles á caballo, ciento y ochenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil indios, con que estuviese en Culucan. A Gonzalo de Sandoval, que fué el otro maestro de campo, dió veinte y tres caballos, ciento y sesenta peones, dos tiros y mas de cuarenta mil hombres de Chalco, Chololla, Huexocinco y otras partes, con que fuese á destruir á Iztacpalapan, y luego á tomar asiento do mejor le pareciese para real. En cada bergantín puso un tiro, seis escopetas ó ballestas, y veinte y tres españoles, hombres casi los mas diestros en mar. Nombro capitanes y veedores dellos, y él quiso ser el general de la flota; de lo cual algunos principales de su compañía que iban por tierra, murmuraron, pen-

sando que corrian ellos mayor peligro; y así, le requirieron que se fuese con el ejército, y no en la armada. No curó Cortés de tal requerimiento; porque, allende de ser mas peligroso pelear por agua, convenia poner mayor cuidado en los bergantines y batalla naval, que no habian visto, que en la de tierra, pues se habian hallado en muchas; y así, se partieron Albarado y Cristóbal de Olid á 10 de mayo, y fueron á dormir á Acolman, donde tuvieron entrambos gran diferencia sobre el aposento; y si Cortés no enviara luego aquella noche una persona que los apaciguó, hubiera mucho escándalo y aun muertes. Durmieron el otro dia en Xilotepec, que estaba despoblada. Al tercero entraron bien temprano en Tlacopan, que tambien estaba, como todos los pueblos de la costa de la laguna, desierto. Aposentáronse en las casas del señor, y los de Tlaxcallan dieron vista á Méjico por la calzada, y pelearon con los enemigos hasta que la noche los despartió. Otro dia, que se contaron 13 de mayo, fué Cristóbal de Olid á Chapultepec, quebró los caños de la fuente, y quitó el agua á Méjico, como Cortés se lo mandara, á pesar de los contrarios que reciamente se lo defendian peleando por agua y tierra. Muy gran daño recibieron en quitarles esta fuente, que, como en otro lugar dije, bastecia la ciudad. Pedro de Albarado entendió en adobar los malos pasos para caballos, aderezando puentes y atapando acequias; y como habia mucho que hacer en esto, gastaron allí tres dias, y como peleaban con muchos, quedaron heridos algunos españoles y muertos hartos indios amigos, aunque ganaron ciertas puentes y albarradas. Quedóse Albarado allí en Tlacopan con su guarnicion, y Cristóbal de Olid fué á Culucan con la suya, conforme á la instruccion que de Cortés llevaban. Hicieronse fuertes en las casas de los señores de aquellas ciudades, y cada dia, ó escaramuzaban con los enemigos, ó se juntaban á correr el campo y á traer á sus reales centli, fruta y otras provisiones de los pueblos de la sierra, y en esto pasaron toda una semana.

La batalla y victoria de los bergantines contra los acalles.

El rey Cuahutimoc, luego que supo cómo Cortés tenia ya sus bergantines en agua y tan gran ejército para sitiárle á Méjico, juntó los señores y capitanes de su reino á tratar del remedio. Unos le incitaban á la guerra, confiados en la mucha gente y fortaleza de la ciudad; otros, que deseaban la salud y bien público, y que fueron de parecer que no sacrificasen los españoles cativos, sino que los guardasen para hacer las amistades, aconsejaban la paz. Otros dijeron que preguntasen á los dioses lo que querian. El Rey, que se inclinaba mas á la paz que á la guerra, dijo que habria su acuerdo y plática con sus ídolos, y les avisaria de lo que consultase con ellos; y á la verdad él quisiera tomar algun buen asiento con Cortés, temiendo lo que después le vino; empero, como vió los suyos tan determinados, sacrificó cuatro españoles que aun tenian vivos y enjaudados á los dioses de la guerra, y cuatro mil personas, segun dicen algunos: yo bien creo que fueron muchas, mas no tantas. Habló con el diablo en figura de Vitcilopuchtli; el cual le dijo que no temiese á los españoles, pues eran pocos, ni á los otros que con ellos venian, por quanto no persevera-

rian en el cerco; y que saliese á ellos y los esperase sin miedo ninguno; ca él ayudaria y mataria sus enemigos. Con esta palabra que del diablo tuvo, mandó Cuahutimocin quitar luego las puentes, hacer baluartes, velar la ciudad y armar cinco mil barcas; y con esta determinacion y aparejo estaba, cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Albarado á combatir las puentes y á quitar el agua á Méjico; y no los temia mucho, antes los amenazaban de la ciudad, diciendo que contentarian los dioses con su sacrificio, y hartarian con la sangre las culebras, y con la carne los tigres, que ya estaban cebados con cristianos. Decian tambien á los de Tlaxcallan: «¡Ah cornudos, ah esclavos, oh traidores á vuestros dioses y rey; no vos queis arrepentir de lo que haceis contra vuestros señores; pues aquí moriréis mala muerte; ca ó vos matará la hambre ó nuestros cuchillos, ó vos prenderémolos y comerémolos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo; en señal y voto de lo cual os arrojamos allá esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos; y después irémolos á vuestra tierra, asolarémolos vuestras casas, y no dejarémolos casta de vuestro linaje.» Los tlaxcaltecas burlaban mucho de tales fieros, y respondian que les valdria mas darse que resistir á Cortés, pelear que bravear, callar que injuriar á otros mejores; y si querian algo, que saliesen al campo; y que tuviesen por muy cierto ser llegado el fin de sus bellaquerías y señorío, y aun de sus vidas. Era mucho de ver estas y semejantes hablas y desafíos que pasaban entre los unos indios y los otros. Cortés, que tenia aviso desto y de lo que mas cada dia pasaba, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpalapan, y él embarcóse para ir tambien allá. Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, con temor ó por meterse en Méjico, á salirse por otra y á recogerse á las barcas. Entraron los nuestros y pusieronle fuego. Llegó Cortés á la sazón á un peñol grande, fuerte, metido en agua, y con mucha gente de Culúa, que en viendo venir los bergantines á la vela hizo alumadas; y que en teniéndolos cerca les dió grita y les tiró muchas flechas y piedras. Saltó Cortés en él con hasta ciento y cincuenta compañeros; combatiólo, ganóle las albarradas, que para mejor defensa tenian bechas. Subió á lo alto, pero con mucha dificultad, y peleó arriba de tal suerte, que no dejó hombre á vida, excepto mujeres y niños. Fué una muy hermosa victoria, aunque fueron heridos veinte y cinco españoles, por la mataza que hubo, por el espanto que á los enemigos puso y por la fortaleza del lugar. Ya en esto habia tantos humos y fuegos al rededor de la laguna y por la sierra, que parecia arderse todo. Y los de Méjico, entendiendo que los bergantines venian, salieron en sus barcas, y ciertos caballeros tomaron quinientas de las mejores, y adelantáronse para pelear con ellos, pensando vencer, y si no, tentar á lo menos qué cosa eran navios de tanta fama. Cortés se embarcó con el despojo, y mandó á los suyos estar quedos y juntos, por mejor resistir, y porque los contrarios pensasen que de miedo, para que sin orden ni concierto acometiesen y se perdiesen. Los de las quinientas barcas caminaron á mucha priesa; mas re-